

El monosabio

GONTZAL DIEZ

Los monos de la sabiduría, (ver-oír-callar), siguen su andadura, la lista de atentados a la libertad de expresión sigue incrementándose. Pero a veces, en vez de incrementarse, cierran filas en torno a uno de ellos en especial, el Monosabio, al ayudante, al solitario, al cabez de turco, al que ayuda al picador a que el puyazo sea más hondo, a que el arranque del toro (la piel) sea más débil, que el toto (¡Oh, blanco muro de pena!), pierda bravura y sea más fácil matarlo...

Cuando el pasado veintitrés de febrero (23-F, por aquello de las tipificaciones), el teniente coronel Tejero irrumpía en el Congreso, pistola en mano, diciendo que no pasaba nada cuando parecía que nada peor de lo que ya estaba pasando podía ocurrir; de alguna forma, me acordé del Coronel Aureliano Buendía, y lo imaginaba entrando en la cámara baja en forma de autoridad —militar por supuesto—, para enseñar a los representantes del país —y a todo el país— a hacer pescaditos de oro, a entrar en el círculo vicioso de hacer-rehacer-deshacer-hacer para volver a rehacer y deshacer de nuevo, perdiendo la cuenta del tiempo, 40, 100 años de soledad o de silencio, de sangre o de mordaza, de primaveras sangrientas o de otoños de dictadores de vuelta, de añoranzas, de anacronismos, y es que la historia sigue dando vueltas y supera con creces a la ficción. Este país casi vuelve a los tiempos del silencio donde ni la lluvia se deja oír en Macondo, o en cualquier lugar del mundo, este país casi vuelve a hacer pescaditos de oro desde las líneas de los periódicos, desde las emisoras de radio; y parecía que no, pero sigue haciéndolos desde la Televisión.

Se podría decir aquella frase de don Miguel acerca de los civiles y los inciviles: "Es más difícil civilizar a los que a los", y es que, don Miguel, es mucho Unamuno para nosotros.

Ni nos queda casi la palabra y muy poco de paz, cada vez vamos dejando algo de nuestra ciudadanía ante el grito desaforado de "¡viva la muerte!", o, lo que es lo mismo, "¡abajo la inteligencia!", ahora debemos dejar sitio a la paz, a la libertad (sin el tópico "empieza donde termina", sin principio ni fin, en el círculo vicioso de cualquier sociedad y cualquier —ismo —quizá en el mismo círculo vicioso—), a la palabra. Antes que nuestros eternos salvadores nos humillen, la libertad no se consigue cantando más alto, ni cerrando periódicos; no se logra con una ley en trámites de urgencia contra el derecho de la prensa libre, esta ley sólo podrá ser un pescadito más —que no el último coletazo— en el círculo interminable de hacer-deshacer-rehacer, para que no se dé ningún paso adelante sólo va a lograr cerrar un periódico más con derecho al grito. No fueron periodistas los que entraron en el

Congreso, no es a la prensa a la que hay que juzgar (Tantos años de amargura/ de espadas contra el pecho/ para darle al silencio/ una mordaza como amigo). Mientras, el teniente coronel sí tiene quien le escriba; quien le visite, quien le quiera editar un libro, el monosabio salió al hemicycle, ojalá que esta crónica no anuncie nada.

LibrOpinión

Jorge González Aranguren (San Sebastián, 1938), tauro, poeta y narrador cosechero de premios entre los que puede destacarse el "Villa de Bilbao" de novela con *El Cielo para Bwana* y el "Adonais" de poesía con *De Fuegos, Tigres, Ríos*, se va. Y antes de partir deja editado su poemario *Doce para un Fagot*, que hace el número ocho de sus libros publicados (*Largo regreso a Itaca*, *Vivir con Proserpina* y *Últimas imaginarias* son algunos de los anteriores). "Me voy —nos va a decir en la contraportada de su próxima novela *En otros parques donde estar ardiendo* — porque quiero realizar el viejo sueño de vivir y morir en una ciudad mediterránea"; y donde puntualiza: "Sigo fiel a Euskal Herria, pero recelo de Euskadi, esa cosa entre atrabiliaria y diocesana: un proyecto fantasmagórico".

Aranguren es un escritor para quien la poesía, parafraseando a alguien, resulta una clave en la que se utiliza un lenguaje en alta tesión. Para quien dar tierra a un jilguero es tan importante como conocer un amigo o escribir un libro.

Inventariar una lista de libros que hayan podido marcarle decisivamente le resulta estúpido, aunque tenga una nómina de obras queridas, que se encuentran en la poesía norteamericana desde Emily Dickinson hasta Robert Bly; en *Poeta en Nueva York* de Lorca ("fue, es, un deslumbramiento y el más claro logro del fenómeno surrealista"); en *Hijos de la Ira* de Dámaso Alonso ("la emoción"). ¿Lo más valioso en narrativa? *Moby Dick*, la trilogía de *Los Mercaderes* de Ana M.^a Matute, *El Viejo y el Mar* de Hemingway o *Caballería Roja* de Babel ("aunque, si fuera inteligente, te diría el Ulyses").

Puesto a contar sus sueños, hubiera deseado tomar alguna vez un campari con Pavese en la terraza de cualquier ciudad de la costa de Liguria y realizar un viaje en automóvil con Montale; o haberle ceñido el yelmo a Francisco de Aldana en Alcazarquivir, o haberse ido de furcias con Quevedo. Pero sin hablar de poesía en ningún caso.



Clases de dibujo

**PINTURA
CRUCETA**

ALCALDE UHAGON, 12 - 2º

BILBAO